

Dios y sin letra de indulgencia.» Equivalfa aquello á proclamar la inutilidad de otro mediador, la independencia de los fieles y la ruina del sistema religioso constituido en la Edad Media. En medio de una nación calenturienta, trabajada por las aspiraciones más diversas, pero todas resumidas en el odio á Roma, semejantes declaraciones sonaban como excitación á la revuelta, y desde el primer día los descontentos aclamaron á Lutero como á jefe esperado durante largos años.

JUAN ECK Y LA DISPUTA DE LÉIPZIG.—Mucho tiempo rechazó Lutero aquel honor. El pensamiento de una ruptura con aquella Iglesia con la cual le enlazaban tantos recuerdos imperecederos, le parecía una locura odiosa; á sus arrebatos seguían bruscas variaciones, durante las cuales proclamaba su humildad. Pero ya no era dueño de su obra. Á su alrededor se había constituido un partido, en el cual formaban sus colegas de Wittenberg, los estudiantes y los adversarios de Tetzl. Las violencias de sus contrarios, el dominico Mazzolini de Prierio, Tetzl y el inquisidor Hoogstraten, le exasperaban; éstos extendían torpemente la cuestión; llevaban la discusión al peligroso terreno de la infalibilidad pontificia; durante aquella lucha se pronunciaban palabras formidables, y según iban surgiendo incidentes más graves crecía la emoción universal.

El papa, á quien se acusa sin razón de no haber comprendido la gravedad de los sucesos, cansado del tumulto que suprimía sus ingresos, en vez de pensar en aquietar aquella alma inquieta y turbada, puso en seguida sus rayos á disposición de los enemigos de Lutero, al cual citó ante su tribunal en Roma. Á instancias de Federico el Prudente, Elector de Sajonia, le autorizó, sin embargo, á presentar su justificación al legado Cayetano, en Augsburgo. Cayetano era hombre científico y virtuoso y sobre ciertos puntos de dogma sus opiniones se asemejaban á las de Lutero, pero cifraba su amor propio en sostener la autoridad de la curia, de modo que se negó á toda discusión. «No os pido—decía á Lutero—más que seis letras: *revo-co.*» Lutero dejó la ciudad, apelando al papa mejor enterado (1518).

La situación de Alemania aconsejaba al legado ciertos miramientos. La Dieta de Augsburgo había sido señal de una extrema sobreexcitación de la opinión pública; los príncipes habían contestado á las peticiones del papa con una exposición violenta de sus agravios; la agitación bajaba á la calle, y circulaban libelos vehementes. «El rebaño se cansa de tener un pastor que no piensa más que en esquivar las ovejas», escribía el célebre caballero Ulrico de Hutten, que tradujo con tanta elocuencia y emoción los sentimientos del pueblo y que en aquellos años de crisis ejerció una influencia extraordinaria. «No tenéis que ir á Constantinopla para combatir al turco, sino más allá de los Alpes, á Italia, á Roma. ¿Os hace temblar la amenaza de los rayos pontificios? Temed los de Cristo, y despreciad los del florentino.» No hacía todavía gran caso al fraile de Wittenberg, cuyas indecisiones le molestaban, pero no todos tenían la misma indiferencia. Lutero había sido recibido con mucha distinción por Pentinger, y la alta burguesía de Augsburgo se había puesto en contacto con Alemania y su audacia crecía según calentaba su cólera el odio de toda la nación.

León X, después de haber probado la severidad sin resultado, volvió á la dulzura. Temía en extremo perder las simpatías de Federico el Prudente, cuya cordura avisada y fe profunda le inspiraban confianza completa y con quien contaba para tener en jaque á Maximiliano y evitar la elección imperial de Carlos de Austria. Carlos de Miltitz, nuevo embajador pontificio, fingiéndose bonachón y campechano (conferencia de Altenburgo, Enero de 1519) consiguió de Lutero una carta muy humilde, en que protestaba de su sumisión y se comprometía á callarse si no le provocaban. Lutero era sincero, pero había prometido más de lo que podía cumplir. «Dios me guía—escribió á los pocos años—, me empuja y me arrebató: ya no soy dueño de mí mismo; quisiera vivir en el reposo y me veo precipitado entre el tumulto y las revoluciones.» Libre apenas de la influencia de Miltitz, se preguntaba si no habría hecho traición á su conciencia, por ignorar todavía «si el papa era el Apóstol de

Dios ó el Anticristo». Pronto se presentó la ocasión para volver al palenque.

Juan Eck era uno de los doctores más ilustres del siglo; nada hostil á las ideas nuevas, conservaba de la escolástica la afición á la disputa y á las sutilezas de la lógica; su prodigiosa memoria, su confianza en sí mismo, acrecentada por numerosos triunfos, le convertían en temible adversario. El mes de Julio de 1519 se había reunido en Léipzig, en el castillo de Pleissenburgo, numerosa concurrencia para asistir al torneo oratorio entre Juan Eck y Carlstadt, uno de los discípulos más intemperantes de Lutero. Carlstadt no tenía bastante altura para tal lucha, y Lutero ocupó su puesto. Eck, muy cortés al principio, se fué poniendo nervioso, y al ver comprometida su victoria, quiso coger al fraile en flagrante delito de herejía. En un momento dado, interrumpió á su interlocutor y le echó en cara sustentar las doctrinas condenadas formalmente por la Iglesia y resucitar los errores de los valdenses, de Wycliffe y de Huss. Turbóse Lutero ante aquella acusación que le separaba de la Iglesia y lo echaba al bando de aquellos heresiarcas eslavos, cuyo recuerdo horrorizaba á Alemania; no tardó, sin embargo, en triunfar de sus terrores; aquel fué el minuto de crisis en que por choque súbito brota á la luz del día el resultado de una prolongada lucha interior. «Entre las doctrinas de Huss y de los bohemios, es ciertísimo que hay algunas muy cristianas, como la de que no hay más que una Iglesia universal, que es la de Cristo, y la de que no es necesario creer á la Iglesia romana superior á las demás. Poco me importa que esto lo haya dicho Wycliffe ó Juan Huss.» Eck cortó la discusión: desde aquel día quedaba Lutero fuera de la Iglesia.

LUTERO Y HUTTEN.—Aumentaba el número de sus partidarios. Muchos humanistas, menos clarividentes que Erasmo, pero más atrevidos y más alemanes, sostenían á Lutero, y entre ellos reclutaba á algunos de sus más seguros colaboradores como Capito, Ecolampade, Justo Jonas y el mayor de todos, el sobrino segundo de Reuchlin, Felipe Schwarzerde (Melanchton), futuro redactor de la confesión de Augsburgo. Dominado

desde muy pronto por Lutero, que admiraba su erudición y gustaba de su dulzura, Melanchton, moderado y pacífico, fué prisionero de la revolución. Mucho más parecido á Lutero por su temperamento y su carácter, Hutten le llevó á todos aquellos que deseaban una revolución radical; gracias á él, en 1520 los movimientos religiosos y políticos que agitaban la nación se reunían en una resistencia abierta contra Roma, y aquella alianza señala una fecha decisiva en la historia de Alemania. En adelante iban á estar en juego los destinos del Imperio y de Europa.

Singular teólogo era aquel humanista cuya juventud vagabunda se marchitó en todas las aventuras. El asceta y el caballero, separados por todo, se juntaban en el odio á la curia y en la pasión por la emancipación de Alemania. El patriotismo, al principio inconsciente é indirecto en Lutero, era la cualidad dominante en Hutten, el origen de su inspiración, la redención de sus faltas. No había aguardado la señal de Wittenberg para condenar las exacciones pontificias y los vicios del clero, pero, espoleado por el ejemplo, sus ataques fueron más animados y audaces. Fueron el toque de trompa que sonaba para reunir á todos los descontentos, y de todos los extremos del país, libelistas con menos genio, pero no con menor furor, entonaban el mismo canto de guerra. Fué un desencadenamiento de sermones, sátiras, canciones y diálogos de que no hubo ejemplo antes de la Revolución francesa; el grabado completaba la obra del libelo, y el Hutten de la estampería fué Lucas Cranach, cuyo numen burlón y violento no retrocedió ante ninguna exageración ni ante ningún capricho (1).

En medio de aquel hervidero y como levantado por él, lanzó Lutero dos de sus obras más notables y más osadas: *El Cautiverio de Babilonia* y la *Carta á la nobleza cristiana de la nación alemana sobre la mejora del Estado cristiano*. «Á vuestras tien-

(1) Lucas Cranach el Viejo era muy favorito de Federico el Prudente: fué el verdadero pintor de Lutero. Sus obras, extraordinariamente numerosas, son muy desiguales, pero muchas de ellas, á pesar de lo insuficiente de la técnica, interesan por su ingenua reproducción de la vida. Sus grabados fueron grandes propagandistas de la Reforma. Falleció en 1553.

das, Israel—había dicho Hutten—, la suerte está echada. ¡Viva la libertad! También era gran grito de libertad el que lanzaba Lutero. Habíanse desvanecido sus últimos escrúpulos. «Demasiada locura desagrada á los hombres—escribe á Spalatino—, pero demasiada cordura desagrada á Dios. La palabra de Dios es una espada, es una guerra, es una ruina, es un escándalo, es un veneno.» No sólo reprodujo con provocadora precisión sus proposiciones anteriores, sino que aceptó sus consecuencias lógicas. Mancillado por el pecado, el hombre fué regenerado por el sacrificio de Cristo, y para tener parte en los méritos del Salvador, basta con tener fe en él y poner confiadamente el alma en sus manos. El Cristo se ofreció una vez en holocausto, y no ha querido que este sacrificio se renovase cada día por la voz de un hombre: la misa no es más que una ceremonia conmemorativa. Así cae el poder misterioso del sacerdote, en el cual había fundado la Iglesia su dominación. Todo cristiano es sacerdote y tiene derecho y deber de acercarse al Salvador y de buscar consuelo y fe en la palabra del Maestro. ¿Qué importa después de esto que Lutero se asuste más adelante de su osadía y quiera aherrojar de nuevo á la conciencia emancipada? ¿Qué importa que discípulos infieles inventen una ortodoxia nueva y persigan á los disidentes? Cuando la palabra ha salido de labios del predicador, ya no le pertenece; la simiente, oculta en el suelo, germinará cuando llegue la hora. Lutero, á pesar suyo, se convertía en cómplice del humanismo; proseguía la obra de Erasmo, y preparaba la de Rabelais, Voltaire y Strauss. Derribando el formalismo romano y llevando de nuevo el espiritualismo á la religión, no sólo emancipaba la conciencia: hacía posible la emancipación del pensamiento y abría camino al libre examen.

«No os dejéis asustar por las amenazas del papa—decía á los fieles—; no hay más que una voluntad soberana: la de Cristo, y el Evangelio es la única ley que no engaña. Volvamos á la doctrina de Jesús, rechacemos las invenciones humanas, las peregrinaciones, los ayunos, los conventos, las indulgencias, el culto á la Virgen y á los santos, el

Purgatorio y todo ese andamiaje de dogmas que han oscurecido la Palabra Santa. Pierden su carácter místico los tres Sacramentos que conserva: el Bautismo, la Cena y la Penitencia. Los sacerdotes quedan reducidos á su papel natural de maestros morales y predicadores, y sometidos á las reglas comunes, recobran su puesto en la sociedad con la supresión del celibato.» El reformador ha rechazado decididamente el hábito frailuno, y ha superado el ideal ascético de la Edad Media.

La corte pontificia se decidió á nuevos rigores. León X condenó solemnemente las proposiciones de Lutero, anunciándole que si no se retractaba antes de sesenta días, sería excomulgado. Lutero respondió apelando del papa al concilio general de la Iglesia universal, y el 10 de Diciembre de 1520, delante de la puerta del Elector, en Wittenberg, en presencia de una muchedumbre alborotada, echó á la hoguera la bula pontificia: «Has turbado al Santo del Señor, y serás entregada á las llamas eternas.» «El Pontificado—dijo al día siguiente—no es hoy lo que era ayer. Que excomulgue y quemé mis escritos. Que me mande al suplicio. No podrá detener lo que está avanzando. Algo muy prodigioso está al llegar.»

CARLOS V; LA DIETA DE WORMS.—«Las nueve décimas partes de Alemania—escribía á las pocas semanas el legado Aleander—gritan: ¡Lutero!, y la otra: ¡Muera la curia romana! Nunca ha sido tan grave la situación. Comparada con ésta, la lucha de Gregorio VII con Enrique era rosas y violetas.» Ya se indicaba al Ziska del nuevo Huss, y Franz de Sickingen no parecía muy mal dispuesto á aceptar el papel que le ofrecía Hutten. Llegaba á Alemania un nuevo emperador. ¿Cuál sería su actitud? Abriase nueva fase para la Reforma; iba á ser uno de los factores de la política, primero de la alemana, luego de la europea. Las ilusiones que fundaron mucho tiempo en Carlos V los partidarios de Lutero no se explican más que por un desconocimiento completo de la situación. El soberano que en la aurora de los tiempos modernos parecía pronto á reconstituir el imperio de Carlomagno, era necesariamente el adversario de una revoluc-

ción que tenía sus orígenes en una reacción del sentimiento nacional contra la hegemonía romana. Hay una especie de fatalidad trágica en el concurso de circunstancias que imponía á Lutero como primer deber el de combatir á un emperador de Alemania. Sólo en Alemania aparece claramente la representación de Carlos V en la historia general; rebajarlesería considerarle únicamente como rival de Francisco I; en realidad se trataba de cosa muy distinta á la preponderancia de Francia ó de Austria; estaban frente á frente dos épocas: el pasado y el porvenir; dos sistemas del mundo: la unidad católica y las nacionalidades; lo universal y lo particular.

Al morir Maximiliano, cuando los Electores parecían dispuestos á vender sus votos á Francisco I, la opinión pública se había declarado por Carlos V. Algo de la popularidad de su abuelo le había tocado á él; por una extraña ilusión había empeño en ver un alemán en aquel borgoñón, mixto de español, que nunca supo bien el alemán y no vió en Alemania más que el instrumento de su ambición cosmopolita. Sinceramente piadoso, había de perseguir, á través de las variaciones impuestas por las circunstancias, el restablecimiento de la unidad cristiana bajo su autoridad. Esta ambición, que le imposibilitaba para toda reconciliación sincera con la Reforma, dificultó su acción sin cesar. Tenía demasiados negocios en la cabeza y demasiados enemigos que combatir, y la

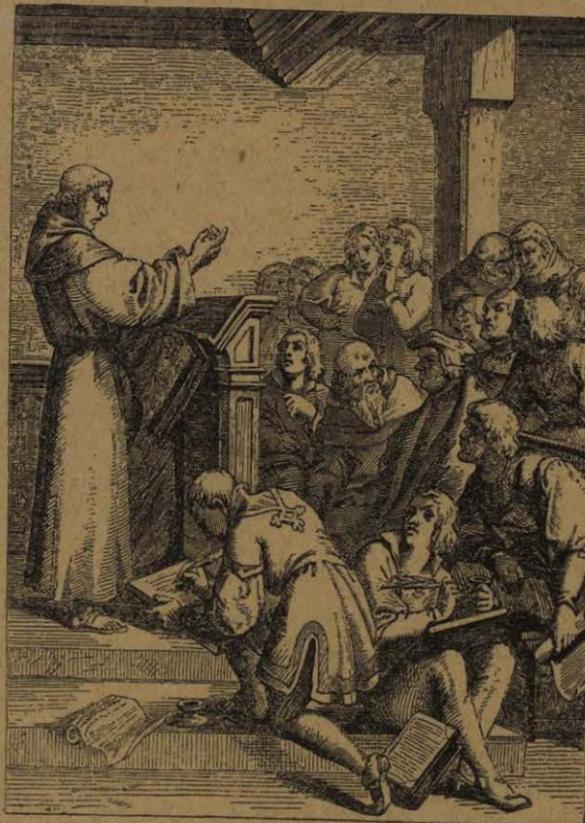
rebelión se aprovechó de ello para organizarse y extenderse. Hasta el fin de su vida no lanzó contra ella sus ejércitos victoriosos, y entonces tenía ya raíces harto profundas.

El único aliado que parecía interesado en su triunfo era el papado, y éste le hizo traición. En el mismo momento en que Carlos tenía que decidirse en pro ó en contra de Lutero, supo que León X estaba en negocia-

ciones con Francia. Era inminente una guerra con Francisco I. En vista de las oscilaciones de la curia, Carlos comprendió los peligros de una resolución precipitada: acaso la guerra civil, seguramente el descontento de los príncipes cuyos auxilios necesitaba. De modo que cuando el legado le pidió que ejecutase lisa y llanamente la bula pontificia, se negó á ello, y se limitó á citar á Lutero ante la Dieta de Worms.

Gran alboroto se armó entre los

amigos de Lutero. Aunque se exageraba el peligro que corría, éste no vaciló. «Si se quiere emplear la violencia contra mí, confiaré el asunto á la voluntad de Dios. Aquí no se trata de lo temible ó de lo conveniente para mi persona: se trata del Evangelio.» «Aun cuando encendieran una hoguera—dijo también—que se extendiese desde Worms hasta Wittenberg y que se alzara hasta el cielo, la atravesaría en nombre de Dios; entraría en ese Behemot, le arrancaría los dientes y confesaría al Señor.» Su viaje le reveló lo intenso de las simpatías con que contaba, y tomó poco á poco el aspecto de un triunfo.



Lutero en la Universidad de Wittenberg (Grabado antiguo)

El 17 de Abril se presentó á la Dieta. Presidía el emperador, vestido á la española; en lugares inferiores estaban los dos nuncios, y luego los Electores laicos y eclesiásticos, los príncipes, los nobles y los burgomaestres de las ciudades imperiales; más de 5.000 personas obstruían las galerías que daban acceso á la sala. El provisor del arzobispado de Tréveris le preguntó á Lutero si se declaraba autor de los libros colocados en la mesa, y cuyos títulos leyó, y si quería retractarse de sus errores. En presencia de aquella asamblea, representación viva de la Edad Media, al ir á llevarse á cabo oficialmente la ruptura con el pasado, el fraile sintió un momento de angustia, se vió de nuevo atacado por sus terrores, y con voz apagada pidió un plazo. La desilusión fué general. «Tampoco será éste—dijo Carlos V—quien me haga hereje.» Lutero pasó la noche en la agonía de una terrible crisis moral. «¡Cuán débil es la carne—decía gimiendo—y qué poderoso es Satanás!» Pero cuando se presentó á la Dieta al día siguiente, todas sus vacilaciones habían desaparecido, y dijo: «En todo cuanto he escrito hasta ahora, no me ha llevado más mira que la gloria de Dios y la salvación de los cristianos; puedo afirmar así.» Después hizo tres montones con sus libros; unos no habían sido condenados por el papa ni por sus adversarios; no tenía que retractarse de nada de ellos; en los tratados polémicos pudo extralimitarse, y estaba dispuesto á arrepentirse, si sus adversarios le daban ejemplo; por último, en otras obras había expresado los agravios de la nación alemana contra la tiranía romana; no había de hacer traición á su pueblo ni á la verdad. El emperador, cumpliendo su promesa al legado Aleander, no permitió que se entablara ninguna discusión. Se exigió á Lutero una contestación categórica. ¿Se retractaba de sus errores ó no? «Creo que no puedo defenderme mejor que imitando á mi Maestro, que al ser golpeado por un servidor del Sumo Sacerdote mientras estaba hablando, se volvió hacia él y le dijo: «Si he hablado mal, demuéstremelo; si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» No puedo someter mi fe al papa ni al concilio, porque está claro como la luz que se

han equivocado muchas veces. De modo que, como no me convenzan con testimonios de la Escritura, no puedo ni quiero retractarme, que no es bueno para el cristiano hablar contra su conciencia. Dios me asista. Amén.» ¡Heroica sencillez ante la cual se borran todos los desfallecimientos y errores del reformador! La historia no presenta espectáculo más maravilloso ni de más elevado alcance moral. Lutero representaba lo más noble que hay en el mundo; la resistencia de una conciencia libre que arrostra la muerte por ser fiel á la verdad.

Después de algunas tentativas de negociaciones que no quebrantaron su firmeza, se le mandó salir de la ciudad. El 26 de Mayo de 1521, un decreto solemne desterraba á Lutero, hereje, y condenado por el papa; se mandaba á los príncipes que se apoderasen de su persona y lo entregasen al emperador; se confiscarían los bienes de sus partidarios, se quemarían sus libros y no se podría publicar obra alguna de teología ó de polémica más que con autorización de la censura. Amenazas estériles, que el estado de Alemania y del mundo todo no permitía ejecutar.

LUTERO EN EL CASTILLO DE WARTBURGO; LA BIBLIA ALEMANA.—Para librar á Lutero de un golpe de mano, algunos servidores del Elector de Sajonia lo cogieron á su regreso de Worms y lo llevaron con gran misterio al castillo de Wartburgo. Duras fueron para el «Caballero Jorge» la soledad y la inacción. «Las tentaciones de la carne son poca cosa—decía cuando recordaba las tristezas de aquellos días de prueba—, pero Dios nos libre de las que tocan á la eternidad, porque entonces no se sabe si Dios es el diablo ó el diablo es Dios.» Obsesionado como todo su siglo por la creencia en el Malo, sus dudas y terrores tomaban forma corporal; tenía visiones y alucinaciones. La célebre mancha de tinta que aun se enseña en el castillo de Wartburgo, y que, según la leyenda, procede del tintero que arrojó un día de espanto á la cabeza del Tentador, no es más que la representación sensible de las perturbaciones que toda su vida afectaron á su espíritu, y que entonces alcanzaron alto grado de exasperación.

Buscando un refugio en el trabajo, empezó la traducción de la Biblia, que fué el acontecimiento más grande de la historia intelectual de Alemania en el siglo XVI. Las traducciones anteriores, bastante numerosas, pesadas, trabajosas y oscuras, habían penetrado poco en la muchedumbre. Lutero hizo de la Biblia el libro popular por excelencia, el manual donde encontraron las generaciones el alimento para su vida moral. Llegaba en momento muy oportuno. Desde ciento cincuenta años antes, las cancillerías germánicas trataban de extender el uso de un estilo uniforme, cuyos elementos esenciales procedían de los dialectos de Baviera y de la Alemania Media, y que adoptado poco á poco en las diversas cortes, superponía en cierto modo un lenguaje común á los modos de hablar locales. Lutero se aprovechó de aquel esfuerzo hacia la unidad, y triunfó de las resistencias que persistían. Fué el verdadero creador del alemán moderno; en el momento en que la Reforma dividía á Alemania en dos campos opuestos, se reservó el porvenir conservando un medio de inteligencia y conciliación entre los partidos hostiles. Gracias á una buena suerte muy de notar, los dialectos de la Alta Alemania, es decir, de las regiones en que el catolicismo salió victorioso y que se libraron de la influencia de la Reforma, formaron el fondo de la lengua que el protestantismo extendió por el Norte; el día en que las disidencias dogmáticas perdieron su violencia, no les costó ningún trabajo á los servidores y á los adversarios de Roma reanudar el diálogo interrumpido. Lo que explica la extraordinaria influencia literaria de la Biblia de Lutero es que fué verdaderamente una obra popular, así por el vocabulario como por la construcción. No había tomado por modelos los manifiestos farragosos de las cancillerías, sino que había oído hablar «á la madre en la casa, á los niños en las calles, á los mercaderes en las ferias» y había recogido de sus labios las expresiones exactas y pintorescas. Había empleado en su obra, con un poderío extraordinario de trabajo y una conciencia escrupulosa, todo el ardor de su fe y de su amor á la raza; la consideraba «la obra más grande» de su vida. Su tra-

ducción, según la juzga un crítico contemporáneo, «es una traducción genial; mejor dicho, una creación nueva y una segunda revelación». Empezada por Navidad de 1521, estaba acabada la traducción del *Nuevo Testamento* cuando Lutero volvió á Wittenberg en Marzo de 1522. El castillo de Wartburgo, ilustrado ya por los recuerdos de los *minnesinger*, adquirió con aquella obra como un carácter sagrado. La primera traducción completa de la Biblia apareció el año 1534 en Wittenberg.

La acción de la Biblia protestante se notó con mayor fuerza en las generaciones siguientes; en sus contemporáneos influyó Lutero al principio con sus sermones y libelos, pero sus cantos religiosos fueron los que más favorecieron la propagación de sus doctrinas, cosa natural en una nación donde el sentimiento musical es tan hondo y está tan generalizado. Ya se inspirara en los salmos, ya en los himnos católicos, ó ya tradujera en un arranque lírico las emociones de su corazón, encontró, para expresar las angustias del pecador que busca á Dios ó la confianza que da la fe, acentos de una sencillez conmovedora y de arrogante vuelo. Á muchísimos soldados protestantes sostuvo y guió al combate el famoso salmo *Sólida fortaleza es nuestro Dios*, cuya letra y música compuso, al parecer, Lutero (1527).

PROGRESOS DE LA REFORMA; DIETA DE NUREMBERG.—Desde su retiro de Patmos dominaba Lutero á Alemania. Numerosos libelos sostenían la excitación. La agitación de las almas se transmitía al terreno de los hechos; casábanse bastantes sacerdotes. Los *Loci communes rerum theologicarum*, de Melancton (1521), «el mejor librito que se ha publicado desde el tiempo de los Apóstoles», decía Lutero, era un verdadero catecismo de la Reforma. Se transformaba la misa católica y se inauguraba la comunión utraquista. Tropeles de frailes abandonaban los conventos, llevándole á Luteropreciado contingente de adeptos, como Conrado Pelicano, en Basilea; Federico Myconio, en Weimar; Kempe, el futuro reformador de Hamburgo; el pomeranio Juan Bugenhagen y Ecolampade, que con Bucer el dominico y Capito, capellán del arzobispo de Maguncia,

evangelizó las orillas del Rin. Predicadores errantes recorrían la Alta Alemania y Westfalia; los Países Bajos, de tiempo atrás, dieron á la Reforma sus primeros mártires.

En aquellos primeros años, el movimiento era casi exclusivamente popular. Los príncipes, cuya adhesión había de dar la victoria á Lutero, observaban. Las ciudades, que todavía eran el centro de la vida intelectual de la nación, eran más osadas. En Nuremberg, desde 1521, estaba la administración en manos de los *martinistas*. La Reforma, progresiva y razonable, penetraba hondamente en las almas; el *Ruiseñor de Wittenberg* inspiraba al maestro cantor Hans Sachs acentos cuya sinceridad hacía feliz contraste con las imitaciones frías y fastidiosas de lo antiguo, y el pensamiento de Lutero era el que animaba á los *Apóstoles* de Alberto Dürero (1526). En Augsburgo y en Ulm los predicadores enseñaban libremente el Evangelio, y en pocos años quedaron conquistadas todas las grandes ciudades de la Alemania del Sur. En el Norte, donde el buen éxito fué más lento y mucho tiempo siguió siendo esporádico, la Reforma penetró en Magdeburgo, en Hamburgo, en Silesia—donde Roma perdió por completo á Breslau en 1521—y hasta en Livonia. La sirvió el carácter algo indeterminado que conservaba, porque ni siquiera después de la Dieta de Worms se había determinado la doctrina de Lutero en todos sus puntos, ni parecía definitiva su ruptura con Roma. Es una ilusión óptica la que nos presenta á Alemania dividida entonces en dos bandos: en realidad había más bien tendencias que partidos, y si llegaron de la sumisión sin reservas á la curia hasta la rebelión declarada, fué por una serie casi insensible de matices. Antes del concilio de Trento, la Iglesia no había experimentado la necesidad de precisar sus creencias; su doctrina admitía en puntos esenciales cierta vaguedad, y es cierto que muchos fieles llegaron á la herejía sin figurarse que habían abandonado el catolicismo. Así se explica también el brusco retroceso de la Reforma en cuanto Roma indicó con claridad sus exigencias; entre los que al principio se habían adherido á Lutero, había muchas almas tímidas y vacilantes que iban

á la herejía como por inadvertencia y que se echaron bruscamente hacia atrás á la primera intimación del papado.

En aquel momento la Iglesia estaba en completo desorden. Adriano VI, elegido papa en 1522 sin haberlo deseado y casi por casualidad, era un fraile holandés mal preparado por el estudio de la escolástica á dirigir la cristiandad. Quería á la vez suprimir los abusos y castigar á los impíos que habían «desgarrado la túnica inconsútil». Su torpe austeridad no tuvo mejor fortuna que la habilidad escéptica de León X. La Dieta de Nuremberg decidió que se aplazase la ejecución del edicto de Worms y que se sometiera á un concilio general el examen de la cuestión luterana (1523), triunfo considerable para la Reforma, á la cual beneficiaba todo aplazamiento.

Absorto Carlos V en la guerra contra Francia, había encargado el gobierno de Alemania á una regencia, vigilada por su hermano Fernando de Austria. Debilitada por rivalidades intestinas, combatida por las ciudades, amenazada sordamente por el emperador, aquella regencia asistía impotente á la disolución de Alemania, y sólo la inexperiencia de Adriano VI podía esperar de ella medidas rigurosas. Además, al aumentar éstas la exasperación general, quizá habían ocasionado la ruina de todo el edificio político y social, ya muy quebrantado.

LA GUERRA DE LOS CABALLEROS.—Estrechamente enlazada desde el principio á los deseos de la revolución, la Reforma había sido saludada por todos los descontentos como la aurora de un trastorno general; la dirección se escapaba de manos de los profesores y humanistas y pasaba á los místicos y demagogos. En varias ciudades, motines populares y algaradas estudiantiles anunciaban la entrada en línea de elementos nuevos. Había predicadores que traían de Bohemia las doctrinas radicales de los taboritas. Durante la ausencia de Lutero, se habían producido en Wittenberg escenas escandalosas. Carlstadt, agitador y ambicioso, reuniendo á su alrededor á exaltados y fanáticos, reclamaba la supresión de los conventos y lanzaba á la muchedumbre al saqueo de las iglesias. En Zwickan, los discípulos de los mil-

narios checos tenían visiones, condenaban las ciencias y las universidades y suprimían el bautismo de los niños. Como antes los *quiliastas* husitas, como los *niveladores* ingleses más adelante, no admitían otra ley que la voluntad de Dios, como nos la revela la Biblia, ni más intérpretes de sus órdenes que los humildes, los niños, los ignorantes, á quienes ha prometido el reino celestial y á quien ha de corresponder por lo tanto el gobierno de la tierra.

Lutero tuvo un momento de espanto; conoció la tristeza de los revolucionarios á quienes se les escapa su obra, y que en presencia de reivindicaciones imprevistas dudan de la justicia de su causa. Volvió apresuradamente á Wittenberg, y á los ocho días de predicación y de lucha reconquistó al pueblo, dispersó el rebaño de visionarios y expulsó de la ciudad á Carlstadt y á Tomás Munzer, sus dos jefes principales.

Su resolución aseguró el porvenir de la Reforma que, á pesar de las adhesiones de primera hora, todavía era incierto. Como en todas las revoluciones, para arrastrar á la mayoría de la nación la idea revolucionaria tenía que limitar sus deseos, romper con los adictos más entusiastas y repudiar las consecuencias extremas de su programa.

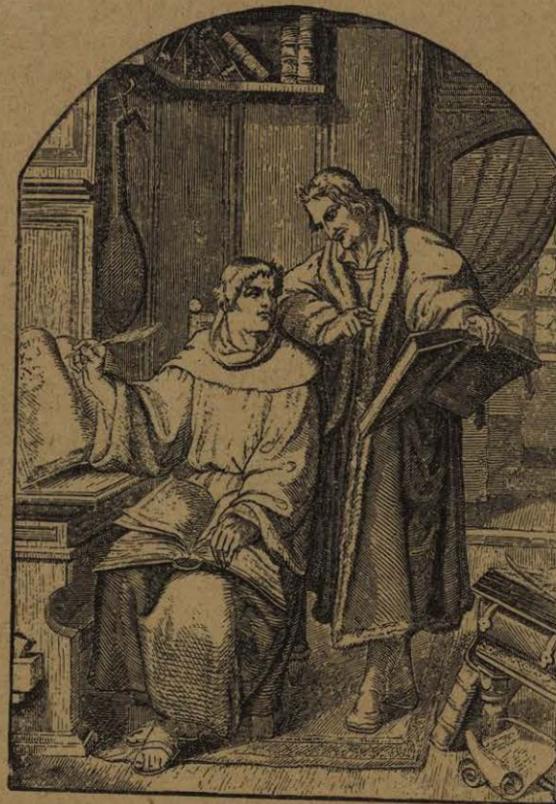
El temperamento de Lutero era esencialmente conservador, y la violencia de sus palabras cubría un espíritu verdaderamente moderado. No quería destruir de la Iglesia romana más que lo que consideraba incompatible con el Evangelio, y sus discípulos

conservaron aquel espíritu de reserva y moderación. Su fidelidad á las tradiciones, su visible preocupación de apartarse lo menos posible de la ortodoxia, la desconfianza que siempre les inspiraron las demás sectas disidentes, más lógicas y menos timoratas, delataban en ellos como un perpetuo remordimiento del cisma; el papado, que durante mucho tiempo conservó la esperanza de

atraérselos, los trató siempre con manifiesta indulgencia y reservó sus rigores para los *calvinistas* ó los *sacramentarios*. Muchas veces se han indicado los inconvenientes que tuvieron para los luteranos aquella falta de lógica, su timidez extrema, su egoísmo, su sequedad de alma y principalmente aquella especie de inseguridad que procedía de la situación falsa en que se habían colocado. Pero la ayuda de los príncipes, únicos que disponían entonces de una fuerza real en Alemania,

imponía por condición la ruptura de Lutero con los elementos radicales. Desde el punto de vista humano, su rápida decisión no debe censurarse, pero los revolucionarios, á quienes había dado bastantes motivos para que creyeran que podían contar con él, no le perdonaron nunca su defección.

Desautorizado por los místicos, cuya audacia le espantaba, Lutero fué pronto abandonado por los humanistas puros y combatido por Erasmo, que defendió contra él la libertad humana. Dejó entonces de ser lo que había sido durante algún tiempo, la propia voz de Alemania y el eco de las aspi-



Lutero comentando la Biblia (Grabado antiguo)